

Que coman pasteles (sin azúcar)

Al niño barrigón y rechoncho le han dicho que se van a prohibir los anuncios de bollería en los programas infantiles, que por su culpa él está barrigón y rechoncho. O sea: que si está gordo es porque entre El asombroso mundo de Gumball y Doraemon aparecen todos esos apetecibles productos presentados en vídeos de lo más molones que le despiertan el hambre que no sabía que tenía. Y no hambre de lentejas, sino de mullidos pastelitos que se derriten al entrar en contacto con la saliva, que casi no requieren esfuerzo alguno para masticarlos. O crujientes y estimulantes galletas que le provocan un agradable cosquilleo en la lengua y el paladar.

Qué más quisiera yo, piensa el niño, que poder comer algo de lo que sale en la tele. Su comida basura está a años luz de alcanzar el nivel de los productos de marca que tienen presupuesto para publicidad. Lo que él come es una copia barata de la comida barata que tiene nombre y apellidos. Sus meriendas y desayunos suelen llevar el mismo nombre que el del supermercado donde los compra su madre. Eso cuando se lo pueden permitir, claro. Muchos días lo único que hay en la cocina son los tristes

paquetes de galletas María marca Cruz Roja. Bollería de marca es lo que comen los niños pijos y él en muy contadas ocasiones, como cuando la abuela se gasta unos euros de más en un capricho para el nieto.

Pero no se queja porque comer, come. Sus magdalenas aromatizadas con el plástico en el que van envueltas, sus salchichas de Frankfurt baratas que solucionan la cena muchos días, su pasta (también marca Cruz Roja) con salsa de tomate recalentada. Si no fuera por el Banco de alimentos, los supermercados baratos y los productos ultraprocesados, el niño gordo estaría en los huesos porque no podría ni matar el hambre (natural o inducida por la publicidad). En realidad bajo las loras y la etiqueta de "obeso" hay un chiquillo al borde de la desnutrición no porque sus padres ignoren la pirámide de alimentos y sean unos irresponsables por no hacerle hamburguesas de quinoa y chips de kale a su hijo, sino porque las cuentas del poco dinero que entra en casa no dan para comida de verdad. Los niños del pueblo no tienen pan del bueno para comer. Pues que coman muffins veganos sin azúcar.

NAJAT EL HACHMI
El País, 12 de noviembre.

Colapso

Está claro que de la experiencia de la pandemia no saldremos muy cambiados. Es cuestión de memoria. Los miserables seguirán su ruta y los decentes la suya, de modo que es posible imaginar un mundo próximo semejante al de hace un par de años, con amenazas y remedios. Lo de siempre. Pero como la superchería es una gimnasia rentable y anima mucho los tiempos frágiles no es raro que eche a rodar algún mal de ojo para entretener las sobremesas. El nuevo espectáculo sentimental de occidente es la amenaza de un posible colapso, un apagón digital que nos devuelva a la condición de monos a medio espumar y envuelva la vida en una tiniebla atroz.

Después del gatillazo de los mayas, la ocurrencia de un apocalipsis y un planeta a oscuras da menos susto (por improbable) que la verbena de una parte de la política española, que el reúma nacionalista, que la bochornosa mandanga del Tribunal Constitucional o que el culturismo desaforado de la extrema derecha en media Europa. Los colapsos más peligrosos son los que suceden piel adentro. Y desatan todo el miedo.

Aunque el miedo también es una emoción salvadora. Lo violento son sus efectos secundarios. A veces avivan el cabreo y en consecuencia algo mejora y en otras ocasiones confecciona verdugos, delatores, matones y sicarios. Depende. Lo peor del

miedo es colectivizarlo, y la falta de riego moral que aloja.

Si en algo desata la psicosis el amago de un apagón planetario es por la certeza de que la ciencia y la tecnología podrían vaciarse de golpe y quedarnos del lado analógico de la realidad, tan escasamente superado. Este es el techo inmediato de la angustia: volver atrás, perderlo todo. ¿Pero qué es volver y qué es todo?

La memoria del mundo ya no está en ningún lado. En verdad la memoria es la función más virtual de la existencia humana. Los recuerdos se acumulan en la base de datos del cerebro y con ellos también hacemos operaciones complejas y esenciales, primitivas y sofisticadas, ganamos y perdemos, especulamos, nos damos placer, tomamos conciencia, sufrimos. Un apagón ahí resulta devastador, pero mientras mantenemos dentro algunas voces necesarias, las risas de ciertos momentos felices, la imagen de la gente que quieres, el tacto de algunos seres que amas, el rumor de un puñado de palabras exactas, el eco húmedo de aquella playa..., mientras algo de esto aún quede en pie cualquier historia puede comenzar de nuevo. Pues no hay peor colapso que la crueldad abominable del olvido.

ANTONIO LUCAS

El Mundo, 12 de noviembre.